

si me quisieran fusilar con cañones y pistolas. No quiero ni pensar en volver á Fópolis. Procuraré quedarme por acá cuanto más pueda, á pesar de que el viejo (don Arcadio) me muele del día á la noche con la muletilla de que se gasta mucho y de que está haciendo falta en el rancho. Sólo á tí te echo de menos. Ojalá pudieras venir. . . . Terminó: es tarde y me espera el "landeau." Recuerdos á Joaquín.—Recibe un beso de tu amiga que tanto te quiere.—**Paulina.**"

—¡La misma de siempre! exclamó Joaquín. ¡Tan frívola y vanidosa como año!

—¡Pobre! murmuró la joven pensativa.

—¿No te causa envidia su suerte? preguntó el joven con dulzura. Es rica, viaja y tiene cuanto quiere, mientras tú sigues viviendo en este rincón del mundo, de donde probablemente no saldrás nunca.

—¡Chist! le interrumpió Berta cerrándole los labios con la blanca mano. Te tengo á tí y con eso me basta. Vales más, mucho más que Europa y el mundo entero. Ella se unió por interés á un viejo á quien no quiere, y cifra su felicidad en frivolidades sin importancia; mientras yo carezco de lo superfluo, pero estoy orgullosa de tí, de tu nombre y de tu amor.

—¡Esposa de mi vida! murmuró el joven con voz trémula de felicidad.

IV

El Teatro Alarcón.

Al oscurecer del día fijado para el concierto, estaban las hermanas de la Caridad reunidas en el salón de recibir. Berta y Joaquín, que las visitaban con frecuencia, las habían puesto al tanto de sus proyectos, y ellas, llenas de interés casi maternal hacia los jóvenes, les habían dado muy buenos consejos, y recomendado Megasen al Hospicio antes de dirigirse al teatro, para ver sus trajes y donosa apostura. Las hermanas esperaban, pues, la visita, y departían, entretanto, sobre cosas del momento que atañían á su comunidad, con tono grave y serio.

—Mal, muy mal van las cosas en Méjico, decía sor Ignacia á las religiosas, acabo de recibir una carta desconsoladora de la Madre General. Dice así:

"Reverenda madre:

"La ciudad está muy excitada con motivo de la discusión parlamentaria de la ley que suprime las órdenes religiosas. No hay quien no comprenda que el golpe va dirigido á nuestra comunidad, porque

las otras están ya disueltas desde hace años, y los sostenedores del proyecto no hacen misterio de sus miras. Los oradores del pro y del contra, se refieren nada más á nosotras; así que bien puede decirse que se está haciendo nuestro proceso, y que el fallo que pronuncie la Representación Mejicana, recaerá todo entero sobre nuestras cabezas. Asiste gran muchedumbre de espectadores á las sesiones: hay gritos furibundos, aplausos, ciseos, y con frecuencia escándalos tales, que la policía se ve obligada á intervenir para arrojar de las galerías á los alborotadores. Los oradores más exaltados militan en contra nuestra; pero hay otros prominentes, como Esteva y Martínez de la Torre, que nos defienden con elocuencia. Con todo, no hay que hacernos ilusiones; se sabe á ciencia cierta que la ley será aprobada, pues así lo tiene dispuesto el Gobierno. Debemos, por lo mismo, ir familiarizándonos con la idea de ser pronto arrojadas de este país. La noticia es triste; mas prefiero comunicar la verdad á su Reverencia, á alentarla con vanas esperanzas.

“¡Que se haga la voluntad de Dios! Vaya su Reverencia preparando á la comunidad para lo más malo.”

Siguió á la lectura un prolongado y penoso silencio de estupor. Los rostros marchitos de las religiosas, deteriorados por la

edad y los trabajos, se contraían á influjo de hondo y callado sufrimiento; sólo sor Marcelina que, á pesar de sus cuarenta y cinco años cumplidos, se conservaba todavía guapa y fresca, parecía no participar de la consternación de sus compañeras.

—Ya verá su Reverencia cómo todo eso pára en nada, dijo; son llamaradas efímeras, que no producen incendio. Recuerde que varias veces se ha dicho lo mismo, y nada ha sucedido.

—Ojalá pudiese formarme alguna ilusión sobre ello, repuso sor Ignacia con amargura; desgraciadamente estoy persuadida de que ahora sí vamos á ser expulsadas dentro de poco.

—¡Pobres de mis viejos mendigos! suspiró sor Agueda.

—¡Pobres de mis inocentes niñitos! exclamó sor Marcelina.

Cada una de las hermanas fué manifestando por turno el tierno motivo que tenía para deplorar el ostracismo que iba á sufrir, y así se formó un coro de lamentos que fué creciendo por grados, hasta que comenzaron á rodar las lágrimas por las mejillas de aquellas buenas mujeres, cuyo único anhelo había sido siempre y seguía siendo entónces el servicio de Dios y de los desgraciados. Fué en vano que sor Marcelina procurase infundirles valor; algo les decía que el peligro que las amenazaba era muy serio,

y que una tempestad se cernía sobre sus cabezas; y más cuando sor Ignacia, en vez de atenuarlos, corroboraba aquellos temores.

—Sor Marcelina, decía, usted ha sido y sigue siendo demasiado optimista. Todo lo ve color de rosa, porque á ello la inclinan su buen corazón y su carácter festivo; pero ahora la cosa va de veras, y no hay que engañarnos con esperanzas quiméricas.....

El ruido de un carruaje que rodaba con estrépito por el recio y desigual empedrado de la calle, hizo callar á la superiora. Escuchó unos momentos para observar si el coche seguía de largo ó si paraba, y observando que se había detenido frente al pórtico, insinuó con precipitación:

—Son Berta y Joaquín. ¡Pobres muchachos! Vienen llenos de ilusiones. ¡Que no sospechen lo que nos pasa! No echemos á perder su júbilo; sequémonos las lágrimas, y recibámoslos fingiendo alegría.

Dóciles á la voz de sor Ignacia, sacaron las hermanas del bolsillo los vastos pañuelos de complicado floreo de que hacían uso, y con prisa febril, enjugaron los húmedos ojos. Ya era tiempo: sonaron por los corredores pasos precipitados, y se oyó el roce de una falda de seda. Pocos momentos después, entraban

por la puerta cogidos del brazo y metiendo gran ruido, Sandoval y su esposa.

—Aquí nos tienen ustedes pintiparados, exclamó Berta radiante de gozo y belleza, al hacer su aparición en la sala. Venimos á ver qué les parecemos de gran etiqueta.

—¿Ven ustedes? agregó Joaquín cariñosamente; sabemos cumplir lo ofrecido.

—No lo hemos llegado á dudar, repuso la superiora; tanto que aquí nos hallan reunidas en gran cónclave con el objeto exclusivo de aguardarlos.

Berta, sonriente, se desprendió del brazo de Joaquín, y se dió á pavonearse y pasear en torno de la sala, con el paso menudo y gracioso que le era peculiar.

—¡A ver, á ver! decía con gozo infantil, soltando la gran cola para dejarla arrastrar cuán larga era por el pavimento. ¿Qué opinan de mi traje?

—Espléndido, repuso sor Ignacia con benevolencia; aunque nada sé de modas, creo que es muy elegante.

—Elegantísimo, agregó sor Marcelina, que era la más afecta á modas y galas: al punto de no poder serlo más.

—Fíjense, agregó Berta, en el adorno que llevo en el corpiño: es el que me obsequiaron las niñas de la sala de costura.

—¡Qué bien que te está! observó sor Asunción, que era la directora de aquel departamento. ¡Cuánto luce prendido en alrededor del escote y de las mangas!

—Es primoroso, dijo Berta. En opinión de la modista, el regalo no vale menos de ochenta pesos, estimado muy barato.

Sandoval había permanecido en pie, satisfecho y orgulloso, viendo á su mujer tan hermosa, bien vestida y celebrada.

—¿Y á mí nada me dicen? preguntó bromeando.

—¡Cómo nó! repuso sor Ignacia sonriente.... Que estás como un brazo de mar.

—De veras, prosiguió sor Marcelina, pareces una ascua de oro.

—No tanto, no tanto, repuso el joven de buen humor; que me van á poner vanidoso.

—Cuello y puños duros, corbata blanca, pechera como el armiño, bota charolada, frac.... ¡Vaya! prosiguió sor Marcelina, eres todo un figurín.

Y olvidando sus preocupaciones por algunos momentos, rodearon las religiosas á los jóvenes con vivo interés, y los analizaron de pies á cabeza, dando vueltas en torno suyo, palpando las telas de sus trajes y aun rectificando esta ó aquella parte de su indumentaria, como la colocación de una flor en el peinado de Berta, ó el nudo de la corbata de Joaquín. Pero éste, que á cada paso consultaba el reloj, dijo á poco, dirigiéndose á su esposa:

—Necesitamos marcharnos, hija; sonaron ya las siete, el concierto debe comenzar á las ocho, y aun tenemos que hacer varios arreglos.

—Claro, repuso sor Ignacia, no queremos hacerles mala obra.

—A todo esto, preguntó Berta aludiendo á los asilados, para quienes había mandado gran número de boletos, ¿á qué hora se van al teatro nuestros invitados?

—Hace ya buen rato que se han marchado, repuso sor Ignacia sonriente; tenían un alboroto tal, que no fué posible contenerlos.

—¿Cuántos son? preguntó Joaquín.

—Te he mandado buen golpe de gente, respondió la superiora; no tendrás por qué quejarte. Han ido como doscientos á las galerías, al cuidado de los maestros de los talleres. Los diez palcos segundos que nos obsequiaste, van á ser ocupados por sesenta niñas de lo mejorcito: todas vestidas de blanco..... Puedes contar con ese público.

—¡Cuánto me alegro! dijo Joaquín gozoso.

—¡Y yo! agregó Berta. Voy á estar como en la gloria en medio de los míos; así no tendré tanto miedo.... Virginia y José irán también; les mandamos un palco intercolumnio para que estén más cerca de nosotros.

—Conque vámonos, hija, repitió Joaquín, que se va haciendo tarde.

—Pidan ustedes á Dios que nos vaya bien en todo, repuso Berta recogiendo con una mano la cola del traje, y disponiéndose á marcharse.

—Él los acompañe, repuso sor Ignacia.

Todas las hermanas expresaron votos cariñosos en favor de los jóvenes, y formando grupo en torno de la pareja, los acompañaron hasta el pórtico, de donde no se retiraron sino hasta que los vieron subir al simón y tomar el camino del teatro.

Cuando Joaquín y Berta llegaron al coliseo, estaban ya prendidas las luces, y se advertía algún movimiento en el pórtico. Causó sensación su llegada, y más cuando apareció Berta en la portezuela, sacando, para apoyarlo en el estribo, un piececito como de niño, primorosamente aprisionado en zapato de blanco raso y deslizándose al través de una nube de seda, blondas y tules. Los jóvenes se acercaron á la taquilla para hablar con Lechuga é investigar cómo iba la venta de boletos. El plano numerado de las localidades del teatro, estaba casi intacto, con los números de los asientos enrollados y clavados en sus lugares respectivos.

—¿Cómo va el negocio? preguntó Joaquín.

—No tan mal, repuso Lechuga tranquilamente.

—Pero no se ve, replicó el primero, que se hayan vendido más que los números de la primera y de la segunda fila del patio; los demás están en sus sitios.

—Así pasa siempre, repuso el interpelado; pero á última hora llega la concurrencia de golpe.

—¿Y las plateas y los palcos? siguió preguntando Berta.

—Eso sí va perfectamente, contestó Lechuga con satisfacción. Todos fueron repartidos á domicilio entre las familias principales de la ciudad, y hasta ahora no han sido devueltos más que dos: de suerte que están colocados.

—¡Qué bueno! ¡Es muy buena señal! exclamó la joven gozosa.

—Pierdan cuidado, volvió á decir Lechuga; conozco perfectamente á nuestro público, pues llevo más de veinte años de lidiar con él, y sé muy bien cómo se las compone. Ya verán cómo dentro de poco comienza á llegar la gente por grupos compactos; habrá teatro lleno ó casi lleno esta noche.

—Dios lo haga, concluyó Sandoval alentado por el pronóstico.

El teatro se mostraba hermosísimo á la luz del gas distribuido con profusión. Aunque los jóvenes lo conocían bien, con motivo de haber asistido á menudo á ópe-

ras y conciertos, les pareció muy distinto del de siempre, al doble fulgor de aquella iluminación "a giorno" y de sus propias ilusiones y esperanzas.

El coliseo de Fópoli es, en verdad, digno de ser admirado. Los fopolitanos le cuentan entre las maravillas que encierra la ciudad. Comenzado á construir en 1855, no pasó de los cimientos durante varios años; pero durante la guerra de Reforma, en medio de los vaivenes de la lucha, de la penuria del erario y del cambio constante de los gobiernos, fué levantándose rápidamente, sin saberse cómo ni con qué recursos. Ideado y dirigido por Jacobo Gálvez, arquitecto improvisado y casi genial, pareció surgir del suelo al golpe de una varilla mágica. Gálvez nunca estudió metódicamente; pero tenía talento, osadía é intuición admirables. Viajó por Europa, y se enamoró de Italia; y de allá trajo ideas sublimes y visiones magníficas, que cristalizó en el teatro Alarcón. La construcción tiene el estilo de las que han dejado sembradas por el suelo itálico, ya la fuerte Antigüedad, ya el exquisito Renacimiento. ¿Cómo acertó el arquitecto á darle las elegantes proporciones que le caracterizan y distinguen? ¿Quién le indicó cuál debía ser la profundidad de los cimientos para dar solidez á la enorme fábrica? ¿Quién le sugirió el espesor que debía

dar á los muros, la amplitud conveniente á los arcos y la extensión y altura apropiadas á la bóveda para que no se desmoronasen? Fué obra de adivinación únicamente. Podrá tener grandes defectos el monumento; mas, á pesar de todo, ¡qué magnificencia, qué atrevimiento y qué riqueza ostenta en su conjunto y en sus menores detalles! El pórtico está formado por bellas y altas columnas de estilo compuesto, y remata en un hermoso ático, detrás del cual se eleva el dombo majestuoso que cubre y corona el enorme recinto. Su vestíbulo ovalado, sostenido por columnas corintias, tiene la sencilla elegancia de un templo griego; su alto y enorme salón, que puede contener hasta tres mil espectadores, respira grandeza y solemnidad. El amplio foro abre su boca en forma de arco gigantesco, y abarca un espacio donde pueden moverse libremente centenares de artistas. Es una obra colosal, hecha en el delirio de una crisis histórica, por un pueblo hiperestesiado y entusiasta que, rezagado en un rincón del mundo, soñaba con las grandezas del Coliseo y de las Termas de los emperadores romanos, y con las bellezas del teatro Pagliano de Florencia y del San Carlos de Nápoles: monumento exótico por el lugar y el tiempo, que sorprende hallar en aquella ciudad de provincia. Gálvez lo destinó á servir de alcázar á

la Gran Opera, al gran arte, á los grandes triunfos y á las ovaciones inmensas; y soñaba ver brillar en él á las estrellas más aplaudidas y á los "virtuosos" más renombrados del mundo, interpretando las obras maestras de los laureados compositores de las grandes metrópolis. ¿Fué el suyo un pensamiento de la grandeza futura de Fópolis? Los pueblos que han de hacerse célebres, aspiran á mucho, y hacen desde la infancia obras desproporcionadas para sus fuerzas y condiciones, por su magnitud y osadía; pero que llegan á acomodarse más tarde á su desarrollo efectivo. Así el Teatro Alarcón, como símbolo de futura grandeza, recibió su bautismo artístico de la admirable Angela Peralta, el "Rruiseñor Mejicano," gloria del canto y del arte patrios; pues fué ella la primera que cantó en ese coliseo, cuando aun no estaba del todo concluído. Los fopolitanos, entusiasmados hasta el exceso con la llegada de la prima donna, improvisaron á todo costo cuanto fué preciso para que diese ella ahí la primera ópera, y la voz de aquella maga, que algunos han colocado sobre la de la misma Patti, pobló de notas áureas en noche inolvidable, el absorto recinto.

Cuando Joaquín y Berta penetraron por los pasadizos que llevan al foro, aun estaba desierta la sala; pero ya en las

galerías altas había no escaso concurso, y los palcos segundos se veían ocupados aquí y allá por algunos grupos. La escena estaba solitaria; mas aparecían ya en orden las vistas pintadas por Fontana, representando las márgenes del Grijalva, con los detalles y primores descritos tan calurosamente por Torrentera. Joaquín y Berta las examinaron con atención y las hallaron tan hermosas y bien acabadas, que convinieron en que don Pomposo nada había exagerado al describirlas.

—¡Brr! exclamó Berta sacudiendo graciosamente los hombros como bajo la impresión de un frío glacial.

—¿Qué le pasa? le preguntó Joaquín.

—Tengo miedo, muchísimo miedo, repuso la joven: me parecía que nunca habría de llegar esta noche, y ahora que está aquí, me siento muy trastornada.

—Lo mismo me pasa, agregó Joaquín; como que juego en la partida mi nombre y mi porvenir. Si fracaso, soy hombre al agua, estoy perdido.

—¡No fracasarás!; tienes talento, tu obra es de mérito y está calificada por buenos jueces. No temas.

—Hemos llegado, dijo Joaquín con gravedad, al punto culminante de nuestra vida. Esta noche decidirá de nuestro porvenir. Podemos lograr todo cuanto hemos deseado, si Dios es servido, dentro de unos momentos. ¿No te parece men-

tira que estemos próximos á presentarnos ante el temido público, solicitando de él la consagración y la realización de nuestros anhelos? Siempre aguardé la llegada de un instante como éste, desde que era pequeño. Cuando comencé á sentir lo bello y á estremecerme al influjo de la música, entreví un escenario vasto, espléndido, donde pudiera dar forma á mis creaciones, y presentar á los hijos de mi corazón revestidos con las galas del arte.

—Todo eso se cumplirá dentro de poco, Joaquín mío. Si has ambicionado eso, es porque tu alma ha recibido de Dios el don sagrado de la inspiración. El te crió para el arte, y el arte es tu atmósfera, como lo es el espacio para las aves y los ángeles. Amas la gloria porque eres hijo de ella, y dentro de poco será tu nombre aclamado por miles de voces, y la prensa pondrá por las nubes tus espléndidos triunfos.

—Dios lo quiera, prosiguió el joven pensativo; mas si no agrada mi música, tú al menos, querida Berta, cautivarás al auditorio con tu voz celestial. Por tí nada temo; has sido ya consagrada por la crítica, y eres reconocida como la "virtuosa" más notable de Fópoli.

—El cariño te ciega.

—Mi mérito podrá ser cuestionable; no el tuyo.

Hablando así los jóvenes, y comunicándose el uno al otro sus temores y esperanzas, haciendo su mutuo panegírico é infundiéndose aliento entre sí, acercáronse al telón de boca, que estaba corrido todavía; y se pusieron á escudriñar el salón.

—¡Qué enorme y hermoso coliseo! dijo Joaquín.

—Ahora me parece más grande que nunca, repuso Berta.

—Mira, prosiguió Sandoval, invitando á su esposa á acercar los ojos á una de las ventanillas abiertas en la tela, mira qué aspecto tan imponente presenta. ¡Qué bóveda tan atrevida y hermosa! Dicen que se eleva veintitrés metros sobre el piso, esto es, tanto como una muy alta torre. Toda esta construcción es maciza, sin mezcla de madera ó fierro, y á pesar de su altura y extensión, está tan fuerte y bien construída, que ha sido cruzada por balas de cañón y no se ha resentido en lo más mínimo. Mira los gigantescos óleos de que está ornada: representan el Canto IV de la Divina Comedia del Dante. Los personajes que ves allá arriba desfilando en pintoresco conjunto, son todos de ese canto. Allí va Dante entre los cinco poetas soberanos: Homero, Virgilio, Horacio, Ovidio y Lucano. Más allá se ve á César, Atila, Latino y Bruto. Las mujeres históricas van mezcladas en esos grupos. Más allá

se congregan los filósofos, teniendo á Sócrates en medio. Aquel viejo casi desnudo, es Diógenes el cínico. ¡Qué cuadro tan grandioso y estupendo! ¡y qué vuelo tan colosal el de los artistas que lo eligieron para interpretarlo! Su sola osadía da la medida de su potencia criadora. ¿Sabes qué efecto produce en mí la contemplación de ese cuadro? Se me figura ser la bóveda del cielo, y que veo vagar por ella las grandes sombras de los genios y de los héroes. Esa atmósfera transparente es la de las regiones más altas del espacio; esas figuras se mueven en el medio ufano y sereno de una inmensa apoteosis, y nadan en refulgencias olímpicas. Más arriba de ellas se extiende un cielo de infinito esplendor, por el cual vuelan formas triunfales, que se esfuman y diluyen en las vívidas claridades del cenit.

—Nunca me habías hablado de eso, Joaquín, y, aunque siempre me había parecido grandiosa esa decoración, no había llegado á comprenderla. Es admirable. ¿Quién la pintó?

—Los artistas mayores que ha tenido Fópoli: Gálvez en primer lugar, que era, en su tanto, una sombra de Miguel Ángel: arquitecto, escultor y pintor, todo á un mismo tiempo; Gerardo Suárez, joven inspiradísimo, que se hubiera elevado á la altura de los más grandes maestros,

si no hubiese muerto joven y hubiese florecido en otro escenario; Felipe Castro, famosísimo como dibujante y experto colorista, al estilo del Corregio; y Espiridión Carrión, cuyo talento igualaba casi al de sus colegas.... Trepaban á esa altura vertiginosa por los pies derechos de la cimbra, y se consagraban á su labor, guardando difícilmente el equilibrio sobre vigas sostenidas por cuerdas y que se mecían como columpios.... Sólo aquellos hombres pudieron realizar obra semejante, con medios tan escasos, y poniendo en tan grave peligro su vida... Eran de una naturaleza distinta de la nuestra: aquella raza, la que nos precedió, tenía unos alientos que á nosotros nos faltan.

—Es verdad, repuso la joven asombrada. ¡Y cómo pudieron pintar tan bien, sintiéndose en riesgo de caer á cada momento!

—Porque tenían un grande amor al arte, y un gran corazón.

—Ahora explícame lo que significa la decoración de la cara interior del arco del foro.

—Con mucho gusto. El cuadro que ves en el centro, sobre un cielo de color azul tierno, representa el Tiempo y las Horas. El Tiempo, que es inmutable, está figurado por ese viejo inmóvil y de barba blanca, que aparece sentado en la parte cen-

tral; y las hermosas doncellas que giran en su derredor cogidas de la mano, son las alegres y fugaces horas, que hacen la eterna rónnda de la vida. A los lados del arco, en las pechinas, esto es, en la parte plana que llena los ángulos, hay dos figuras aéreas, que tocan trompetas enormes y van volando por el espacio, con las blancas alas desplegadas: representan la Fama, mensajera de Júpiter é hija de la esperanza y de la tierra.... Todo está aquí hecho y preparado para elevar el espíritu, enardecer la imaginación y hacer soñar al artista y al poeta.... Es éste un templo levantado al arte y al ensueño, al aplauso y á la gloria.

—¡De veras! murmuró Berta soñadora y presa de instintiva emoción.

Así continuaron largo tiempo depar-tiendo, y absortos en la contemplación de tan sublime cuadro, hasta que los preparativos de la escena los obligaron á dejar el sitio, porque iba á correrse un segundo telón, poco distante del de boca, para ocultar la decoración de Fontana y formar la escena del concierto.

—Vamos á mi cuarto, dijo la joven á Joaquín, tirándole suavemente por el brazo. Voy á preparar mi traje de Malinche, que debo vestir en el último número del programa.

—Vamos, hija, repuso Joaquín; nos

habíamos olvidado de muchas cosas, absortos en la contemplación del coliseo.

Iban en camino, cuando se les acercó un empleado, con un mensaje para Joaquín.

—Un caballero que aguarda en el pórtico, le dijo, me ha dado esta carta para usted.

La abrió Sandoval y leyó lo que sigue:

“Señor Sandoval:

“Acabo de escribir una paso doble para la Banda de la Escuela de Artes, de que soy Director. Se llama “Ecos de Méjico,” y mis músicos y yo deseáramos estrenarlo esta noche en el teatro, en honor de usted y de su esposa. ¿Acepta nuestra cariñosa ofrenda? Aguarda su respuesta y le saluda con el afecto de siempre.—Clemente Aguirre.”

—Estamos de plácemes, exclamó Joaquín gozoso al terminar la lectura. Berta mía, el gran compositor y maestro don Clemente Aguirre quiere hacernos el obsequio de estrenar aquí esta noche un paso doble que acaba de componer.. Voy á llevarle la respuesta por mí mismo; vuelvo dentro de unos momentos.

* * *

Entretanto, don Teodomiro, Torrentera y Blanco, conversaban formando gru-

po junto á la taquilla, y Gómez y Pérez, que se mostraba muy excitado, llevaba en la mano un periódico.

—¿Han visto ustedes “El Azote?” preguntaba á sus compañeros.

—No, respondieron los interpelados; nunca lo compramos.

—Pues voy á leerles lo que dice de nuestro concierto.

Y leyó con voz alterada:

“EL CONCIERTO DE HOY.—Aunque ha sido anunciado con mucho bombo el que ha de verificarse esta noche en el Teatro Alarcón, estamos seguros de que no asistirán á él ni las moscas. Su programa es de lo más ingrato; se compone, en parte, de vegestorios musicales, como el aria de “Dinhora” y la del “Delirio” de “Lucía,” y, en parte, de logogrifos ininteligibles de la música alemana. Los precios, sobre todo, son desproporcionados para la insignificancia de la audición; apenas los operista más renombrados se han atrevido á ponernos en Fópoli tan alta la tarifa. ¡Con su pan se lo coman los presuntuosos é infumables “artistas”

—¿Qué les parece, eh? preguntó don Teodomiro furioso al concluir la lectura.

—¡Atroz! ¡insensato! repuso Torrentera indignado.

—¿Quién habrá escrito eso? preguntó cándidamente don Angel.

—¿Quién ha de ser? repuso Gómez y Pérez exasperado, sino ese bellaco de Becerril. Hace tiempo me viene quemando la sangre con su petulancia, fanfarronadas y pretensiones. ¡Es un majadero! ¡Es un!.....

—¡Cálmese maestro! intervino Blanco alarmado al ver que los transeuntes, atraídos por sus altas voces, fijaban la atención en el grupo.

—Por ahora me aguanto, prosiguió don Teodomiro bajando el tono; pero no me llamo Teodomiro Gómez y Pérez, si no le arreglo las cuentas después á ese pillo.

—Hay que guardar reserva, observó Torrentera: que no lo sepan Joaquín ni Berta.

—Por supuesto, convino don Teodomiro; estamos obligados á disimular y callar en estos momentos.

Metió el papel estrujado en la bolsa del pantalón, y exclamó golpeándolo con la mano al través de la tela.

—¡Pero ya me las pagará muy bien pagadas el pillete!

Hubo un momento de silencio, después del cual preguntó Blanco:

—¿En qué estado se hallará la venta de boletos?

—Vamos á verlo, repuso Torrentera, ya

que nuestra guardia no tiene más objeto que vigilar la taquilla.

Los tres amigos se acercaron á ella y echaron un vistazo al plano del teatro: se hallaba poco más ó menos en el mismo estado en que Joaquín y Berta lo habían dejado, esto es, casi intacto. Lechuga informó que desde el oscurecer no se habían vendido más que cuatro ó cinco entradas de luneta, pues las dos primeras hileras de números que faltaban en la tabla, habían sido tomadas con mucha anticipación.

—¿Y los palcos y plateas? preguntó don Teodomiro.

—Iban muy bien hasta hace poco, contestó Lechuga; pero comienzan á andar mal.... Están siendo devueltos con gran prisa.

Lechuga contó una por una las invitaciones amontonadas sobre la mesa, y resultaron veinticinco.

—De donde se infiere, comentó Torrentera, que sólo diez y seis han quedado por la ciudad.

En aquel momento llegó un quidam apresurado y presentó cinco sobres á Lechuga.

—¿Qué es eso? interrrogó éste.

—Palcos devueltos, repuso con sequedad el emisario.

Don Teodomiro, que continuaba muy

excitado, tomó la cosa por su cuenta y saltó á la palestra:

—¡Cómo! exclamó; devolver boletos á la hora de la función! Son las ocho de la noche, mire usted.

Y mostraba el reloj á su interlocutor.

—Es verdad, repuso con frialdad el interpelado.

—¿Sabe usted cómo se llama esto? vociferó el anciano. Se llama no tener delicadeza. ¿Y quiénes son los que los devuelven?

—Los señores Batres, Régil, Sumaya y....

—La crema de nuestra "aristocrácea," vociferó el anciano con tono despectivo. Parece mentira. Hace una semana fueron repartidas las esquelas y ¡esos señores se las han guardado hasta ahora! ¿Por qué no las devolvieron siquiera con tiempo? Se hubieran enviado á otras direcciones, y tal vez hubiesen sido colocadas. ¡Es el colmo de la "misérea" y del abuso!

El mensajero puso mala cara al oír tan amargo desahogo, pero se abstuvo de replicar por temor á una disputa, y se puso en cobro lo más pronto posible. De ahí en adelante continuaron las cosas de mal en peor, y al fin de todo, á las ocho y media de la noche, sólo quedaban tomados dos palcos primeros y cuatro plateas, pues las demás localidades habían sido devueltas.

—¿Qué hacemos? preguntó Torrentera amostazado; pasa ya media hora de la anunciada para comenzar el concierto. ¿Continuamos esperando?

—Otro poco, á ver si viene más concurrencia, insinuó don Angel.

—Es inútil, repuso don Teodomiro colérico; no vendrá nadie más. Váyanse ustedes á la orquesta, mientras pongo al tanto á Joaquín y Berta de lo que ocurre, de la mejor manera posible....

Halló á los jóvenes ansiosos y sin poder explicarse la ausencia del maestro.

—¿Qué pasa, maestro? le preguntó Joaquín. ¿Por qué no hemos comenzado?

—Torrentera y yo no habíamos llegado todavía, repuso don Teodomiro.

—¿Pero por qué? preguntó la joven.

—Porque estábamos viendo cómo iba la venta de boletos.

—Y ¿cómo ha seguido? interrogó Sandoval.

—No quisiera decirlo; pero bastante mal.

—Ya estábamos sospechándolo Berta y yo, repuso Sandoval con tristeza, pues veíamos poca gente en el patio. Por fortuna las entradas de plateas y palcos han sido buenas. Hace poco nos informó Lechuga que sólo dos ó tres invitaciones habían sido devueltas.

—Desgraciadamente ha cambiado el aspecto de las cosas desde que ustedes

llegaron, murmuró el maestro con voz trémula.

—¿Nos ha desairado todo el mundo? interrogó Joaquín con no reprimida angustia.

—Todo el mundo no, repuso Gómez y Pérez; é iba á agregar "pero casi todo," cuando lo contuvo la expresión afigida del rostro de Berta.

—¿Cuántas invitaciones han sido devueltas? preguntó la joven con timidez.

—No lo sé, contestó don Teodomiro; pero han sido muchas. Sin embargo, agregó con el propósito de dar un consuelo á los jóvenes, han estado entrando algunas familias de lo principal de Fópoli, por la inteligencia, el buen gusto y el amor al arte, como la de Polanco, la de Clement, la de Arias y otras que no recuerdo.

Berta y Joaquín se sintieron halagados por la presencia en el salón de tan distinguidos dilettanti, y hasta un tanto aliviados de su congoja.

—¿Cree usted que no vendrá más concurrencia? preguntó Joaquín.

—Así lo presumo, repuso Gómez y Pérez, porque falta sólo un cuarto para las nueve.

—¿Qué hacemos, pues? preguntó Berta confusa.

—Comenzar, no hay más recurso, re-